

El pecado, el evangelio y la ley (Cap. 9)

Eliminando lo que nos separa de Dios

En la ciudad donde mi esposo y yo vivimos, un hombre a menudo se para en la esquina de la intersección del centro. Sostiene un cartel enorme con una lista de pecados escrita a mano. Con grandes letras mayúsculas, ha escrito "idolatría, robo, inmoralidad sexual, malos pensamientos, envidia, engaño, codicia, embriaguez", y muchos más. Con el tiempo, parece que se le han ocurrido pecados adicionales porque usó un marcador para llenar todos los espacios en blanco con otras transgresiones. Su esposa está a su lado con un cartel que advierte: «*¡Los pecadores arderán en el infierno!*» Se ven tan enojados como sus carteles suenan. Nunca he visto a nadie hablarles. Los transeúntes ni siquiera hacen contacto visual con ellos.

Estos evangelistas callejeros tienen convicción, pero Elena G. de White aconseja que «*lanzar acusaciones de ira*» no acercará a la gente a Dios. En cambio, sugiere compartir cómo la ley de Dios revela el amor de Dios:

Cuando la ley se presenta como debe ser, revela el amor de Dios. Pero no es de extrañar que los corazones no se derritan ni siquiera con la verdad cuando esta se presenta de una manera fría y sin vida; no es de extrañar que la fe vacile ante las promesas de Dios, cuando los ministros y obreros no presentan a Jesús en Su relación con la ley... Que el maestro de la verdad dé a conocer al pecador lo que Dios es realmente: un Padre que espera con amor anhelante para recibir al pródigo que regresa, no lanzándole acusaciones de ira, sino preparando un banquete para celebrar su regreso.¹

La ley es amor

Cuando se trata de tener una relación con Dios, algunas personas podrían pensar que la ley de Dios es una barrera para acercarse a Él, un requisito pesado que dificulta obtener Su amor. Por el contrario, Su ley nos muestra que Dios es amor y nos enseña cómo amarlo a Él y amarnos los unos a los otros.

En Marcos 12:28-31, leemos cómo Jesús tomó por sorpresa a los líderes religiosos al enfatizar que la ley más grande es el amor:

«Uno de los maestros de la ley se acercó y los oyó debatir. Notando que Jesús les había dado una buena respuesta, le preguntó: —¿De todos los mandamientos, cuál es el más importante? —El más importante —respondió Jesús— es este: “Oye, Israel: el Señor nuestro Dios, el Señor uno es. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente, y con todas tus fuerzas”.

El segundo es este: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. No hay otro mandamiento mayor que estos».

En *El camino a Cristo*, Elena G. de White hace eco de esta idea de que la ley de Dios —y nuestra obediencia a ella— es una expresión de amor:

La obediencia no es un mero cumplimiento externo, sino el servicio del amor. La ley de Dios es una expresión de Su propia naturaleza; es una encarnación del gran principio del amor y, por lo tanto, es el fundamento de Su gobierno en el cielo y en la tierra. Si nuestros corazones son renovados a la semejanza de Dios, si el amor divino es implantado en el alma, ¿no se cumplirá la ley de Dios en la vida? Cuando el principio del amor es implantado en el corazón, cuando el hombre es renovado a la imagen de Aquel que lo creó, la promesa del nuevo pacto se cumple... La obediencia —el servicio y la lealtad del amor— es la verdadera señal del discipulado.¹

Los temas del pecado y la ley son mucho más amplios y profundos de lo que podremos abordar en este capítulo, pero analizaremos estos temas en el contexto de tener una relación con Dios. Con eso en mente, vemos cómo la ley de Dios puede servir como una guía sobre cómo amar. Como Jesús enseñó, la ley más grande es amar a Dios, y la segunda ley más grande es amar a los demás.

Salmo 51 registra la oración de arrepentimiento del rey David después de cometer adulterio, engaño, asesinato y abuso de poder. Entristecido, David sabía que sus pecados habían dañado su relación con Dios: «Contra ti, solo contra ti, he pecado y he hecho lo que es malo ante tus ojos» (Salmo 51:4). Su oración nos recuerda el aspecto relacional del pecado, cómo daña nuestras relaciones con Dios, con los demás e incluso con nosotros mismos.

El apóstol Pablo resume la conexión entre la ley y el amor diciendo «quien ama a los demás ha cumplido la ley» (Romanos 13:8). En Romanos 13:8-10, expone cómo seguir la ley de Dios es la máxima demostración de amor:

«Quien ama a los demás ha cumplido la ley. Los mandamientos: “No cometerás adulterio”, “No matarás”, “No robarás”, “No codiciarás”, y cualquier otro mandamiento que haya, se resumen en este único mandamiento: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. El amor no hace daño al prójimo. Por lo tanto, el amor es el cumplimiento de la ley».

3 formas en que el mal uso de la ley puede dañar nuestras relaciones

Cuando manejamos correctamente la ley, nos acerca a Dios y a los demás. Pero cuando la usamos mal o abusamos de ella, daña nuestras relaciones. Considera estas tres formas en que el mal manejo o la negligencia de la ley pueden perjudicar nuestra conexión con Dios y las personas:

1. Desacato a la ley. Si la ley es un manual práctico sobre cómo amar, tiene sentido que nuestras relaciones sufran si no seguimos las instrucciones. Por ejemplo, según la ley de Dios, no debemos mentir o «dar falso testimonio» (Éxodo 20:16, NVI). Si vamos en contra de esta guía y somos deshonestos con Dios o con los demás, daña nuestra conexión con ellos. Esta ruptura ocurre no porque Dios deje de amarnos si mentimos, sino porque la deshonestidad rompe el vínculo que se construye sobre la honestidad y la confianza. Isaías 59:2 describe la tensión relacional que surge cuando rompemos la ley: «Pero vuestras iniquidades os han separado de vuestro Dios; vuestros pecados han escondido su rostro de vosotros» (Isaías 59:2). Cuando rompemos la ley, también rompemos nuestras relaciones.

2. Legalismo. Otra forma en que la ley puede alterar nuestra relación con Dios y con los demás es si elevamos la ley por encima de Dios. El legalismo convierte la ley en una actuación y una lista de verificación. Ignora el estado del corazón y evita la entrega sincera y la humildad.

En *El Deseado de todas las gentes*, Elena G. de White escribe: «Una religión legal no puede jamás conducir almas a Cristo; porque es una religión sin amor, sin Cristo».¹ Esa es una idea que vale la pena pausar y reflexionar: una religión legalista es una religión sin amor. Cuando hablamos de la ley, también debemos hablar del amor de Dios.

Siguiendo esa línea de pensamiento, si el amor es el cumplimiento de la ley, como dice Romanos 13:8-10, y si no hay amor en el legalismo, tampoco hay ley en el legalismo. En otras palabras, el legalismo no se trata de la ley de Dios, es una falsificación de Su ley. Es una alternativa sin amor para honrar Su ley.

Jesús expuso la fachada del legalismo cuando les dijo a los líderes religiosos que el mero hecho de parecer seguir la ley no sustituye el apego genuino a ella. Les dio una severa reprensión por su religión legalista y sin amor:

«¡Ay de vosotros, maestros de la ley y fariseos, hipócritas! Porque diezmaís la menta, el eneldo y el comino, y habéis desatendido los asuntos más importantes de la ley: la justicia, la misericordia y la fidelidad. Debíais haber practicado esto, sin descuidar aquello. ¡Guías ciegos! Que coláis el mosquito y os tragáis el camello.

«¡Ay de vosotros, maestros de la ley y fariseos, hipócritas! Porque limpiáis el exterior del vaso y del plato, pero por dentro están llenos de avaricia y de desenfreno. ¡Fariseo ciego! Limpia primero el interior del vaso y del plato, para que también el exterior quede limpio.

«¡Ay de vosotros, maestros de la ley y fariseos, hipócritas! Porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, pero por dentro están llenos de

huesos de muertos y de toda inmundicia. Así también vosotros por fuera parecéis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad» (Mateo 23:23-28).

Nótese en esta reprensión que Jesús señaló repetidamente que estos hipócritas que no seguían la ley eran «*maestros de la ley*». Esto demuestra que conocer la ley no es lo mismo que seguirla.

Comentando esta historia, Elena G. de White advierte que la gente hoy en día, desafortunadamente, puede caer en este mismo patrón legalista:

Miles están cometiendo el mismo error que cometieron los fariseos a quienes Cristo reprendió... En lugar de renunciar a alguna idea preciada, o descartar algún ídolo de opinión, muchos rechazan la verdad que descende del Padre de las luces. Confían en sí mismos, y dependen de su propia sabiduría, y no se dan cuenta de su pobreza espiritual. Insisten en ser salvos de alguna manera mediante la cual realizan alguna obra importante. Cuando ven que no hay forma de integrar el yo en la obra, rechazan la salvación provista.¹

3. Un espíritu crítico y juzgador. Estrechamente relacionado con el legalismo está otro mal uso de la ley que destruye las relaciones: la crítica y el juicio. Incluso dentro de las iglesias, las personas con un espíritu crítico pueden usar la ley como un arma contra otros en lugar de una guía para sí mismos.

Elena G. de White describe cómo ser juzgador destruye nuestras relaciones con las personas que nos rodean, pero mostrar un espíritu amoroso puede ayudar a llevarlas a la salvación:

No hasta que sientas que podrías sacrificar tu propia dignidad y aun entregar tu vida para salvar a un hermano que yerra, habrás sacado la viga de tu propio ojo para estar preparado para ayudar a tu hermano. Entonces podrás acercarte a él y tocar su corazón. Nadie ha sido jamás rescatado de una posición equivocada por la censura y el reproche; pero muchos han sido así alejados de Cristo y llevados a sellar sus corazones contra la convicción. Un espíritu tierno, un comportamiento suave y cautivador, puede salvar al errante y cubrir una multitud de pecados. La revelación de Cristo en tu propio carácter tendrá un poder transformador sobre todos con quienes entres en contacto. Deja que Cristo se manifieste diariamente en ti, y Él revelará a través de ti la energía creadora de Su palabra — una influencia suave, persuasiva, pero poderosa para recrear otras almas en la belleza del Señor nuestro Dios.¹

Nótese la advertencia de que la crítica y el reproche nunca han sacado a nadie de una posición equivocada. Solo «*un espíritu tierno, un comportamiento suave y cautivador*» puede inspirar a la gente a seguir a Cristo sinceramente. Ser juzgador rompe nuestras relaciones con Dios y con quienes nos rodean, pero ser amoroso nos acerca a ellos y los acerca a Dios.

Cómo la ley es parte de una relación amorosa con Dios

A lo largo de las Escrituras, el amor y la ley están entrelazados. No son opuestos; son inseparables. Incluso se podría decir que son uno mismo. Así, una forma de profundizar tu relación con Dios es profundizar tu relación con Su ley. ¿Consideras Su Palabra e instrucciones como reglas y restricciones temidas? ¿O la ves como un reflejo de Su amor? Tu amor por Dios y Su ley aumentará cuando veas Sus pautas como medidas protectoras que te ayudan a prosperar y crecer, en lugar de como medidas de control que te limitan y te confinan.

Jesús dijo: «Si me amáis, guardad mis mandamientos» (Juan 14:15). Guardar Sus mandamientos es parte de amarlo. Nos acerca a Él, nos ayuda a conocer Su carácter y nos hace más semejantes a Él. Y cuanto más lo amamos a Él, más amamos Su ley.

En Salmos 119, el capítulo más largo de la Biblia, David describió con entusiasmo su amor por la ley de Dios:

«¡Oh, cuánto amo tu ley! Todo el día es ella mi meditación» (versículo 97).

«Tu ley me deleita» (versículo 174).

«Mucha paz tienen los que aman tu ley» (versículo 165).

«Guardo tus estatutos, porque los amo en gran manera» (versículo 167).

«Todos tus mandamientos son fieles» (versículo 86).

«Me regocijo en el camino de tus estatutos como quien se regocija en grandes riquezas» (versículo 14).

«Mira cuánto amo tus preceptos» (versículo 159).

No es coincidencia que David amara a Dios y Su ley. El amor por la Palabra de Dios está entretejido con el amor por Dios. Confiar en Dios es confiar en lo que Él dice. Nuestra obediencia sincera a Su ley no es un acto de legalismo, sino un acto de confianza y amor que nos acerca a Él.

Miles de generaciones de misericordia y amor

Aunque el pecado puede dañar nuestras relaciones, asombrosamente, no puede impedir que Dios nos ame. Como Romanos 8:38, 39 nos recuerda, absolutamente nada puede separarnos de Su amor: «Porque estoy convencido de que ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni demonios, ni lo presente ni lo futuro, ni poderes, ni la altura ni la profundidad, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios que es en Cristo Jesús Señor nuestro».

En los Diez Mandamientos, Dios incluyó una advertencia y una promesa fascinante sobre el impacto duradero de nuestra relación con Él y Su ley: «Yo, Jehová tu Dios, soy Dios celoso, que castigo la iniquidad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y muestro misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos» (Éxodo 20:5, 6).

El pecado, o el desacato a la ley de Dios, nos aleja de Él. Según estos versículos, la desobediencia de una persona puede incluso afectar negativamente a sus hijos, nietos y bisnietos. Ya sea adicción, abuso o malas decisiones, las consecuencias de ello pueden causar dificultades, inseguridades y miedos durante tres o cuatro generaciones. ¡Pero hay esperanza! Sí, el pecado puede alejarnos de Dios y de los demás, pero el amor por Dios y Sus caminos tiene un poder mucho mayor. Quebrantar la ley puede causar aflicción durante algunas generaciones, pero el versículo promete que la bendición de seguir Su ley recaerá sobre «*mil generaciones*». Cuando amas y atesoras los caminos de Dios, los tataranietos de tus tataranietos (y cientos y cientos de generaciones más allá de eso) seguirán siendo colmados con Su amor. Su amor es ilimitado, y Su ley es solo una forma de vislumbrar cuán amplio y profundo es Su amor.

- 1- Ellen G. White, *Lift Him Up* (Hagerstown, MD: Review and Herald', 1988), 161.
2. Ellen G. White, *Steps to Christ* (Mountain View, CA: Pacific Press', 1892), 60.
5. Ellen G. White, *The Desire of Ages* (Mountain View, CA: Pacific Press', 1898), 280.
4. White, *Desire of Ages*, 280.
5. Ellen G. White, *Thoughts From the Mount of Blessing* (Mountain View, CA: Pacific Press', 1896), 128.